**Domingo 32º T.O. (B) (11.11.2018): Marcos 12,38-44.**

***¡Qué grande el señor cardenal!* Te lo digo y lo escribo CONTIGO.**

Tres domingos más y estamos en el punto final del año eclesiástico 2017-18. Y con él se habrá acabado la lectura del llamado Evangelio de Marcos, al que no se volverá a leer hasta el año 2021-22. En estos tres domingos es imposible proclamar y asumir todo cuanto aún nos falta por leer de este Evangelio que nos escribió María Magdalena. La asamblea de la misa lo ignora.

Un dato más, el último domingo del año eclesiástico (25 de noviembre de 2018) se celebrará la antievangélica fiesta de Cristo Rey del Universo y en ella se nos propone la lectura de un relato del Evangelio de Juan. Dicho en lenguaje claro y clarificador, hoy se nos propone meditar Marcos 12,38-44 y el próximo domingo se nos lee Marcos 13,24-32. Y ahí se acaba nuestra meditación crítica del primer Evangelio sobre Jesús de Nazaret. Y no pasa nada... ¿?

Lo he escrito más de una vez y ahora lo acentúo de nuevo: Si deseo conocer y comprender el mensaje del llamado Evangelio de Marcos lo mejor es no participar en la celebración de la palabra de las santas misas del año. Lo más acertado es quedarse en casa con la Biblia entre las manos y leer e interrogarse críticamente sobre lo que se lee desde Marcos 1,1 hasta Marcos 16,8. Así lo pienso hacer en el año eclesiástico de noviembre de 2021 a noviembre de 2022.

Esta planificación de las lecturas del Evangelio en la Iglesia me ha robado con sus tijeras la comprensión del mensaje de **Marcos 12,35-37** donde Jesús plantea, según la narradora de estos hechos, a sus abiertos opositores hablar sobre la persona, identidad y misión del Mesías que espera el pueblo de Israel: *“La gente acogía a Jesús con agrado”* (Mc 12,37).

Ante la situación política, económica y religiosa de Israel es urgente poner sobre la mesa las ‘teorías o teologías’ sobre la realidad del Mesías. Nadie que haya leído este Evangelio olvidará qué pensaban Pedro y los seguidores de Jesús sobre el Mesías (desde Mc 8,27 hasta 10,52). Todos andaban cegados por la ideología, ¡y espiritualidad!, de un Mesías TODOPODEROSO.

La vida del judío y laico de la Galilea llamado Jesús de Nazaret defraudó de raíz tal ideología sobre la persona y misión del Mesías. Jesús anunciaba una manera de ser mesías que todos pudieran entender y encarnar. El mesías que era y anuncia Jesús es cualquier persona que convive con los demás con el único deseo de convivir y sentirse a gusto en esa convivencia. Sentirse todos a gusto. Su única religión era ‘sentirse a gusto en la convivencia’. ¿Servir? Servir.

Frente a esta religión que parece anunciar el blasfemo Jesús de Nazaret se encuentra la religión del Templo y de la Ley con su Sacerdocio, su Liturgia y Tradiciones: *“Olvidad lo que dicen y hacen los escribas. Sólo les gusta ostentar, ser los primeros y los más importantes en todo, sobre todo en las sinagogas y en las comidas”* (Mc 12,38-40). A estos personajes de la religión de Israel sólo les ocupa y preocupa ‘la buena salud del Tesoro del Templo de Jerusalén’ (Mc 12,41-44). Recuerdo que un día escribí aquí aquello del ‘Poder, Pasta y Placer’.

Esto que yo escribo y que tú lees sucedía en tiempos de Jesús de Nazaret y en su tierra de Israel. Y no ha dejado de suceder en nuestra Iglesia. Y sigue: ¡Qué grande es el señor cardenal!

**Domingo 50º de Lucas (11.11.2018): Lucas 23,1-25.**

***“El reinado de Dios está dentro… de ti y de mí” (Lucas 17,21)***

*“Entonces se levantaron todos y llevaron a Jesús ante Pilato...”* (Lucas 23,1). Así comienza el Evangelista Lucas su relato del inhumano juicio político que sufrió Jesús de Nazaret. ¿Puedo invitar a detenernos y preguntarnos por la identidad de esos ‘todos’ que acabamos de leer?

En ellos reside la capacidad, y la responsabilidad, de haber condenado a muerte a Jesús. Ese ‘todos’ o esos ‘todos’ están perfectamente identificados en Lucas 22,66-71. Recuerdo que son los ancianos del pueblo, los jefes de los sacerdotes, los maestros de la Ley. Son el Sanedrín.

Este ‘todos’ que es la más alta autoridad judía decide sacudirse sus responsabilidades en la muerte de Jesús y pone a éste en manos de la más alta autoridad romana en Jerusalén de Judea que es Pilato. Cuando esta autoridad romana comprende que Jesús es un galileo decide delegar sus responsabilidades en la autoridad de Galilea que es Herodes.

Así, según este Evangelista, el laico y galileo Jesús de Nazaret pasa de autoridad en autoridad, pasa de judíos a romanos, pasa de palacio judío a palacio extranjero (Lucas 23,1-12). Pasa por donde le llevan. Su vida y su persona no cuentan. Y acaba estando donde siempre estuvo: *“Pilato convocó a los jefes de los sacerdotes, a los dirigentes y al pueblo... y les entregó a Jesús para que hicieran con él lo que quisieran”* (Lucas 23,13-25).

Y por el camino de este ir y venir de Jesús de autoridad en autoridad, el narrador me ha dejado, así me lo entiendo como lector, una pincelada inolvidable, sea más o menos cierta para la investigación de la historia: *“Aquel día , Herodes y Pilato se hicieron amigos, pues antes habían estado enemistados”* (Lc 23,12).

El poder de Roma está unido frente a Jesús. También el poder de Israel está unido frente a Jesús, como lo estuvo desde los comienzos de la evangelización de Jesús en aquella sinagoga de Nazaret (Lucas 4,14-30).

La buena noticia, el Evangelio, que fue y es el propio Jesús, su persona y su mensaje, su vida en definitiva han sido rechazadas por la religión de Israel y por la autoridad de Roma. Ni el Reino de Israel ni el Imperio de Roma soportaron o aceptaron la presencia de este hombre que llevaba en sus adentros la semilla de otro reino e imperio tan distinto, por ser tan humano y para todos.

Así lo proclamó en Nazaret, el pueblo donde había nacido y a donde acudió a sus treinta años (Lucas 4,23) para compartir y comentar el mensaje y la fe del mismísimo profeta Isaías Tercero (Isaías 61,1-2) a quien desautorizó al negarse a aceptar la inhumana noticia de la venganza, sea humana o divina (Lucas 4,18-19). Esta semilla de los adentros de este hombre se hizo también semilla de los adentros de otros hombres y mujeres: *“Todos se llenaron de asombro y se decía unos a otros: ¡Qué fuerza tiene la palabra de este hombre!”* (Lucas 4,31-37). Tú y yo, ¿no nos hemos atrevido en más de una ocasión a hablar y actuar con esta misma fuerza?